

## LIBRO SÉPTIMO.

## La causa de Champmathieu.

## I.

Sor Simplicia.

No se conocieron en Montreuil-sur-Mer todos los incidentes que vamos á narrar, pero lo que se traslució de ellos dejó en la poblacion tan hondos recuerdos, que seria omision grave no referirlos hasta en sus menores detalles.

En estos pormenores encontrará el lector dos ó tres circunstancias inverosímiles, que conservamos por respeto á la verdad.

La tarde que siguió á la visita de Javert, el señor Magdalena fué á ver á Fantina, como tenia por costumbre, y antes de entrar á verla llamó á la Hermana sor Simplicia.

Las dos Hermanas de la Caridad que cuidaban de la enfermería se llamaban sor Perpétua y sor Simplicia.

Sor Perpétua era una lugareña ordinaria, que entró en la casa de Dios como hubiera entrado en otro empleo cualquiera, y fué religiosa como hubiera sido cocinera: este tipo es bastante comun. Las órdenes monásticas aceptan gustosas el tosco barro provinciano, que se amolda con facilidad á la capuchina ó á la ursulina: su rusticidad se utiliza para las necesidades materiales de la devocion. La transicion de boyero á carmelita no es chocante; se transforma el uno en el otro sin gran dificultad: el fondo comun de ignorancia de la aldea y del claustro es una preparacion y pone al mismo nivel al campesino y al fraile: alargando la blusa resulta el hábito. Sor Perpétua era una beata fornida, de Marines, cerca de Pontoise, que hablaba el dialecto de su pueblo, que salmodiaba, gruñía y echaba más ó menos azúcar en la tisana, segun la mayor ó menor devocion del paciente; que era dura para los enfermos, áspera con los moribundos, dándoles casi con el Cristo en la cara y atormentando su agonía con oraciones dichas con fúria; era, en fin, atrevida, honrada y rubicunda.

Sor Simplicia era blanca como la cera. Al lado de la otra era como un cirio al lado de una vela de sebo. Vicente de

Paul ha descrito cómo debe ser la Hermana de la Caridad con estas admirables palabras, en las que amalgama mucha libertad con mucha servidumbre: "No tendrán otro monasterio que la casa del enfermo, ni más celda que el cuarto alquilado, ni otra capilla que la iglesia de su parroquia, ni otro claustro que las calles de la poblacion ó las salas del hospital, ni otra clausura que la obediencia, ni otra reja que el temor de Dios, ni otro velo que la modestia... Sor Simplicia era la realizacion viva de ese ideal. Nadie podria acertar su edad; parecia que no debia haber sido jóven y que nunca llegaría á ser vieja. Era una persona—no nos atrevemos á decir una mujer—afable, austera, bien educada, fria y que no habia mentido nunca. Era tan tierna que parecia frágil, pero era más fuerte que el granito. Tocaba con suavidad á los enfermos con sus dedos bellísimos, finos y puros. Habia algo de retenido en su lenguaje; hablaba solamente lo preciso, y su metal de voz podria edificar en un confesionario y encantar en un salon. Su delicadeza era adecuada á su ropa de estameña y encontraba en su rudo contacto un llamamiento continuo del cielo y de Dios. Isistamos en un detalle. No haber mentido nunca, no haber dicho jamás por interés alguno, ni indiferentemente, algo que no fuese la verdad, la santa verdad, era el rasgo distintivo de sor Simplicia, era el sello de su virtud. Era célebre en la Congregacion por su veracidad imperturbable. El abate Sicard se ocupa de sor Simplicia en una carta dirigida al sordo-mudo Massien. Dice así: "Por sinceros y puros que seamos, siempre existe en nuestro candor la hendidura de alguna inocente mentira; pero en el de ella no. ¿Pero hay acaso alguna mentira que sea realmente inocente, insignificante? La mentira es lo absoluto del mal. Mentir poco no es posible; el que miente, miente por completo, y la mentira es precisamente la forma del demonio. Por eso Satanás tiene dos nombres; se llama Satanás y se llama Mentira."

Esta era la opinion de sor Simplicia respecto á la mentira y á ella arreglaba su conducta. De esto provenia la pureza que destellaba su blancura y que brillaba en sus labios y en sus ojos, porque podia decirse que su sonrisa y su mirada habian adquirido transparente blancura. Ni una tela de araña, ni un grano de polvo interrumpian la diafanidad de su conciencia. Al entrar en la Congrega-

cion de San Vicente de Paul adoptó el nombre de sor Simplicia, porque Santa Simplicia de Siracusa prefirió, como es sabido, que le cortasen los dos pechos á decir que habia nacido en Segesta, habiendo nacido en Siracusa, con cuya mentira se hubiera salvado. Este modelo correspondia á su imitadora.

Sor Simplicia, al ingresar en la orden, tenia dos defectos, de los que se fué corrigiendo poco á poco: era golosa y le gustaba recibir cartas. Solo leia un libro de oraciones, de letra gruesa, impreso en latin: no entendia el latin, pero comprendia el libro.

La piadosa mujer tomó cariño á Fantina, apercibiéndose quizás de su virtud latente, y se dedicó exclusivamente á cuidarla.

Magdalena llevó aparte á sor Simplicia, recomendándole á Fantina con singular acento, de lo que la religiosa se acordó más tarde.

En seguida se acercó á la cama de Fantina. Esta esperaba siempre la visita del señor Magdalena como se espera un rayo de sol y de alegría, y decia á las hermanas:—Solo vivo cuando está aquí el señor alcalde.

Aquel dia tenia la enferma gran calentura. En cuanto vió á Magdalena le preguntó:

—Y Cosette?

—Pronto vendrá, le respondió aquel sonriendo.

Magdalena estuvo al lado de Fantina, como tenia por costumbre; solo que en vez de media hora, como otros dias, permaneció allí una hora entera, con gran contento de la jóven. Encargó con insistencia que nada faltase á la enferma, y notaron las Hermanas de la Caridad que hubo un instante en que su rostro quedó sombrío; pero esto lo atribuyeron á que el médico le habia dicho casi al oido:

—La enferma decae muy de prisa.

Magdalena entró despues en la alcaldía, y el mozo de la oficina vió que examinaba con atencion un mapa itinerario de Francia, que estaba colgado allí, y vió tambien que escribia en un papel algunos guarismos con lápiz.

## II.

Perspicacia de maese Scaufflaire.

Desde la alcaldía se fué al extremo de la poblacion á casa del flamenco maese Scaufflaire, que alquilaba caballos y carruajes.

Era el camino más corto para ir á casa maese Scaufflaire una calle poco transitada, en la que vivia el cura de la parroquia del señor Magdalena. Este cura gozaba fama de ser hombre digno, respetable y buen consejero. Cuando Magdalena llegó á casa de dicho sacerdote, solo pasaba por la calle una persona, que observó lo siguiente: el alcalde, despues de pasar de largo, se paró, permaneció inmóvil, y despues volvió atrás y llegó otra vez hasta la habitacion del párroco, en cuya puerta habia un llamador de hierro. Tomó resueltamente el llamador y le levantó: despues se detuvo otra vez y permaneció pensativo algunos instantes, y en vez de dejar caer el llamador con fuerza, le bajó con suavidad y prosiguió su camino con mayor celeridad que antes.

Cuando llegó á casa de Scaufflaire le encontró ocupado en arreglar un arnés.

—Maestro, le preguntó, ¿teneis un buen caballo?

—Señor alcalde, le contestó el flamenco, mis caballos todos son buenos. ¿A qué llamais un buen caballo?

—Un caballo que pueda andar veinte leguas en un dia (1).

—Diablo! Veinte leguas!

—Sí.

—Enganchado á un cabriolé?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo ha de descansar despues del viaje?

—Es preciso que pueda, en caso de necesidad, partir al dia siguiente.

—Para volver á andar lo mismo?

—Sí.

—Diablo! Veinte leguas otra vez!

Magdalena sacó del bolsillo el papel donde habia trazado con lápiz algunos guarismos y se lo enseñó al flamenco. Eran éstos los números siguientes: 5, 6, 8 1/2.

—Ya lo veis. Total, diez y nueve leguas y media, casi veinte.

—Señor alcalde, puedo complaceros, le contestó el flamenco. Tengo un caballo blanco del Bajo-Boloñés. Es pequeño, pero es un rayo; quisieron acostumarle á la silla, pero coceaba y tiraba al suelo á todos los ginetes. Tuviéronle por falso y no sabian qué hacer de él. Lo compré y lo enganché en el cabriolé; eso es lo que el animal queria, y ahora es manso como una malva y corre como el viento. Es imposible montarlo, porque le dá por

(1) Hay que tener presente que las leguas francesas son mucho más cortas que las españolas.

no querer ser caballo de silla; ¡cada uno tiene sus caprichos! Eso es sin duda lo que piensa ese caballo.

—Podrá hacer el viaje?

—Andará las veinte leguas á trote largo y en menos de ocho horas, pero con algunas condiciones.

—Decídlas.

—En primer lugar necesita un descanso de una hora en la mitad del camino; le dareis de comer, pero es preciso que haya alguno presente para que el mozo de la posada no le robe el pienso.

—Bien, lo haré así.

—En segundo lugar... ¿es para vos el cabriolé?

—Sí.

—Sabeis guiar?

—Sí.

—Pues bien, ireis solo y sin equipaje, con la idea de que el caballo no vaya muy cargado.

—Convenido.

—Yendo solo tendreis que cuidar vos de que no le roben el pienso.

—Desde luego.

—En tercer lugar, me abonareis treinta francos diarios y pagareis los días de descanso. No puedo alquilarlo por menos, y además, los piensos serán de vuestra cuenta.

El señor Magdalena sacó del bolsillo tres napoleones de oro y los dejó en la mesa, diciendo:

—Ahí teneis dos días adelantados.

—En cuarto lugar, para este viaje seria pesado un cabriolé y cansaria demasiado al caballo. Teneis que aveniros á ir en mi tilburi pequeño.

—Consiento.

—Es ligero, pero está descubierto.

—Me es igual.

—¿Ha reflexionado el señor alcalde que estamos en invierno?

Magdalena no respondió. El flamenco continuó diciendo:

—Que hace mucho frio?...

Magdalena siguió callando.

—Que puede llover?...

Magdalena levantó la cabeza y dijo:

—El tilburi y el caballo estarán mafiana á la puerta de mi casa á las cuatro y media de la madrugada.

—Está bien, señor alcalde, contestó el flamenco; y rascando con la uña del pulgar una manchita que habia en el tablero de la mesa, dijo con aire indiferente:

—Ahora que caigo en ello... No me habeis dicho dónde vais... ¿A dónde se dirige el señor alcalde?

El flamenco no pensaba en otra cosa

desde el principio de la conversacion, pero no se habia atrevido á hacer antes esta pregunta.

—Tiene el caballo buenos brazos? dijo el alcalde.

—Sí, señor. Hay que refrenarle un poco en las bajadas. ¿Tiene muchas cuestas el camino que vais á tomar?

—No olvideis que ha de estar en mi casa á las cuatro y media en punto, repuso Magdalena, y salió.

El flamenco se quedó inmóvil, "hecho un bestia", segun dijo despues él mismo.

Dos ó tres minutos pasados, se abrió otra vez la puerta y dió paso al alcalde, que volvia, con el mismo aspecto, impasible y grave.

—Maese Scaufflaire, le dijo, ¿cuánto creéis que valen el tilburi y el caballo que os ajusto?

—Queréis comprarlos?

—No, pero por lo que pueda acontecer, quiero asegurároslos. A mi regreso me devolvereis la cantidad. ¿Cuánto valen el tilburi y el caballo?

—Quinientos francos.

—Aquí los teneis.

Magdalena dejó un billete de Banco sobre la mesa y se marchó definitivamente.

A maese Scaufflaire le pesó mucho no haber pedido mil francos, á pesar de que caballo y carruaje juntos solo valian trescientos.

El flamenco llamó á su mujer y la refirió lo sucedido.

Celebraron consejo para ver si podian averiguar á dónde iba el señor alcalde.

—Vá á Paris, dijo la mujer.—No lo creo, le contestó el marido. Magdalena dejó olvidado sobre la chimenea el papel que tenia números escritos. El flamenco se apoderó de él y comenzó á descifrarle.—Cinco, seis, ocho y media; estos deben ser los relevos de la posta. Despues de corta meditacion, se volvió á su mujer y la dijo:—Ya sé á dónde vá.—De veras?—Sí; hay cinco leguas desde aquí á Hesdin, seis desde Hesdin á Saint-Pol, ocho y media desde Saint-Pol á Arras; luego el señor alcalde vá á Arras.

Entre tanto Magdalena habia entrado en su casa, siguiendo el camino más largo, como si la puerta de la casa del cura párroco fuese para él una tentacion que tratase de evitar. Subió á su cuarto y se encerró, lo que no tenia nada de particular, porque acostumbraba á acostarse muy temprano. Sin embargo, la portera de la fábrica, que era al mismo

tiempo la única sirvienta suya, observó que apagó la luz á las ocho y media, y así se lo dijo al cajero cuando entró á preguntarla:

—Está indispuerto el señor alcalde? He notado que tenia aspecto extraño.

El cajero vivia en una habitacion que caia debajo de la del señor Magdalena. No hizo caso alguno de las palabras de la portera; se acostó y se durmió. A media noche se despertó bruscamente. Habia oido entre sueños un ruido encima de su cabeza. Prestó atencion y comprendió que lo producian los pasos de alguno que se paseaba por la sala de arriba; siguió observando y conoció que eran los pasos del señor Magdalena. Esto le extrañó, porque nunca oia ruido alguno en aquel cuarto antes de levantarse el alcalde. Momentos despues oyó como el ruido que hace un armario al abrirse y cerrarse, luego el arrastre de un mueble, despues silencio, y últimamente otra vez ruido de pasos. El cajero se sentó en la cama, completamente despierto; miró, y al través de los cristales de su ventana distinguió en la pared de enfrente el reflejo rojizo de otra ventana iluminada, que por la direccion de los rayos debia ser la del cuarto de Magdalena. El reflejo temblaba como si procediese más de una llama de chimenea que de una vela encendida. En el reflejo no se descubria la sombra del bastidor de la vidriera, lo que indicaba que la ventana estaba abierta de par en par. Era cosa sorprendente que estuviese abierta la ventana haciendo tanto frio. El cajero volvió á dormirse, y al despertar dos horas despues oyó todavía el ruido de pasos lentos y regulares en la habitacion de arriba. El reflejo seguia iluminando aun la pared, pero era entonces pálido y tranquilo como el de un quinqué ó el de una bujía. La ventana continuaba abierta.

Hé aquí lo que sucedia en el cuarto del señor Magdalena.

### III.

Una tempestad dentro de un cráneo.

El lector sin duda alguna habrá comprendido que el señor Magdalena era Juan Valjean.

Hemos sondeado en otra ocasion las profundidades de su conciencia, y ha llegado ahora el momento en que debemos sondearlas otra vez. No lo haremos sin emocion y sin temblar, porque no

hay nada tan terrible como semejante estudio.

La vista del espíritu no puede encontrar en ninguna parte más resplandores ni más tinieblas que en el hombre; no puede fijarse en nada más espantoso, más complicado, más misterioso ni más infinito. Hay un espectáculo más grandioso que el del mar, y es el del cielo; hay un espectáculo más grandioso que el del cielo, y es el del interior del alma.

Escribir el poema de la conciencia humana á propósito de un solo hombre, del hombre más insignificante, seria reunir todas las epopeyas en una epopeya superior y definitiva. La conciencia es el caos de las quimeras, de las codicias, de las tentaciones, el horno de los delirios, el antro de las ideas que avergüenzan, el pandemonium de los sofistas, el campo de batalla de las pasiones. Penetremos á ciertas horas, al través de la faz lívida de un sér humano que reflexiona, y miremos detrás de ella, observemos aquella alma, contemplemos aquella oscuridad. Descubriremos debajo del silencio exterior combates gigantescos como en Homero, peleas de dragones y de hidras y nubes de fantasmas como en Milton y espirales visionarias como en Dante. ¡Cuán sombrío es el infinito que todo hombre lleva dentro de sí mismo, con el cual mide con desesperacion las volutades de su cerebro y las acciones de su vida!

El Dante encontró un día una puerta siniestra ante la cual se paró; ahora nos encontramos nosotros en el umbral de otra que nos hace vacilar. Entremos, sin embargo.

Poco nos resta que añadir á lo que ya saben los lectores que ocurrió á Juan Valjean despues de la aventura con Gervasillo. Como hemos visto, desde entonces fué otro hombre. Realizó los deseos del obispo; en el criminal se verificó algo más que una transformacion, se realizó una transfiguracion.

Desapareció Juan Valjean y vendió la plata del obispo, conservando los candeleros como un recuerdo; fué escurriéndose de pueblo en pueblo, atravesó la Francia, llegó á Montreuil-sur-Mer, le ocurrió allí la idea que referimos, realizó lo que ya saben nuestros lectores, consiguió ser desconocido é inaccesible, y establecido ya, fué dichoso; al sentir su conciencia triste por su pasado y al comparar la primera mitad de su existencia con la última, vivió tranquilo, sosegado, sin ocuparse más que de dos

ideas; la de ocultar su verdadero nombre y la de sacrificar su vida, la de huir de los hombres y la de acercarse á Dios.

Estas dos ideas estaban tan íntimamente unidas en su espíritu, que formaban un solo pensamiento; ambas eran igualmente absorbentes é imperiosas y le dominaban hasta en sus actos más insignificantes. Casi siempre estaban de acuerdo para aconsejarle la senda que debía seguir; las dos le arrastraban al aislamiento, haciéndole benévolo y sencillo: sin embargo, algunas veces mediaba conflicto entre ambas ideas y entonces no dudaba en sacrificar la primera á la segunda; esto es, la seguridad á la virtud. Por eso, á pesar de su reserva y de su prudencia, conservaba los candeleros del obispo; vistió de luto por su muerte; llamaba é interrogaba á todos los saboyanos que pasaban; tomó informes de todas las familias de Faverolles, y salvó la vida al carretero Fauchelevent á pesar de las inquietantes insinuaciones de Javert. Creía, como todos los hombres justos, que el deber para con nosotros mismos no es el primero de los deberes.

Debemos decir, sin embargo, que las dos ideas que gobernaban á Juan Valjean, cuyos dolores vamos refiriendo, no habían sostenido nunca una lucha tan grave. Comprendió él así, confusa, pero profundamente, desde las primeras palabras que pronunció Javert al entrar en su cuarto: cuando oyó pronunciar el nombre que él ocultaba con tan espesos velos, quedó sobrecogido de estupor y trastornado ante el siniestro é inesperado golpe de su destino. Al través de su estupor sintió el estremecimiento que precede á las grandes sacudidas; se doblegó como una encina cuando se aproxima la tempestad, al ver venir sobre él nubes sombrías preñadas de relámpagos y de rayos. Al oír lo que Javert le decía, fué su primer pensamiento ir corriendo á denunciarse, sacar á Champmathieu de la cárcel y meterse él. Este pensamiento fué para él doloroso y punzante, como una incisión hecha en carne viva; pero reflexionando, se dijo despues á sí mismo:—Veremos, veremos!...—Reprimió su primer movimiento generoso y retrocedió ante el heroísmo.

Sin duda hubiera sido más heróico que, despues de las santas palabras del obispo, despues de tantos años de arrepentimiento y de abnegacion, y durante su penitencia tan admirablemente comenzada, Valjean, á presencia de tan terrible coyuntura, no dudara un ins-

tante y hubiera marchado con paso igual hácia el precipicio en cuyo fondo se descubria el cielo; sublime hubiera sido, pero no fué así. Debemos dar cuenta exacta de lo que pasó en su alma y debemos ser imparciales. Lo primero que le dominó fué el instinto de la propia conservacion; recogió apresuradamente sus ideas, ahogó sus emociones, vió que era terrible peligro la presencia de Javert, difirió toda resolución con la firmeza del espanto, se aturdió pensando lo que debía hacer y volvió á recuperar la calma, como el gladiador vuelve á recoger su escudo.

El resto del día lo pasó en el mismo estado, alimentando un torbellino por dentro y aparentando profunda tranquilidad por fuera. Solo tomó lo que podríamos llamar "medidas de conservacion". Todo estaba confuso y se chocaba dentro de su cerebro: habia en él tal turbacion, que no podía ver con claridad la forma de ninguna idea, y solo podía decir de sí mismo que acababa de recibir un gran golpe. Fué, como acostumbraba, á ver á Fantina en su lecho de dolor, y prolongó la visita por un instinto de bondad, diciéndose que debía obrar así y recomendarla á las Hermanas de la Caridad por si llegaba el caso de tener que ausentarse.

Imaginaba que tal vez tendria que ir á Arras, y sin estar decidido á emprender ese viaje, pensó que, estando como estaba al abrigo de toda sospecha, podía, sin inconveniente alguno, ser testigo de lo que allí aconteciese, y retuvo el tálburi de Scaufflaire con la idea de estar preparado á todo evento.

Comió con bastante apetito.

Volvió á su cuarto y se recogió en sí mismo. Examinó su situacion y le pareció inaudita, tan inaudita, que, en medio de su meditacion y por impulso de temor casi inexplicable, se levantó de la silla y corrió el cerrojo de la puerta. Temía que entrase algo más contra él y se parapetaba contra lo posible.

Un momento despues apagó la luz. Le estorbaba. Creía que podían verle.

Y quién? Ay! lo que queria evitar que entrase por la puerta habia entrado ya; lo que queria cegar le miraba cara á cara: era su conciencia; su conciencia, es decir, Dios.

Esto no obstante, en el primer momento se hizo una ilusion; se creyó seguro y solo, se juzgó inaccesible habiendo corrido el cerrojo é invisible por haber apagado la luz. Entonces tomó

posesion de sí mismo, apoyó los codos en la mesa y la cabeza en las manos y se entregó á la meditacion.

—Dónde estoy?... No deliro?... ¿Qué es lo que acabo de oír?... ¿Es cierto que vi á Javert y que me dijo todo eso?... Quién será ese Champmathieu?... ¿Se me parecerá?... Es esto posible?... ¡Cada vez que pienso que ayer estaba tan tranquilo y hoy!... ¿Qué hacia yo ayer á estas horas? ¿Qué curso llevará este incidente? Cuál será su desenlace?... ¿Qué haré?...

Esas preguntas le atormentaban. Su cerebro habia perdido la fuerza para retener las ideas, y pasaban por él como olas y trataba en vano de detenerlas, oprimiéndose la frente con las manos. Solo la angustia se desprendia de ese tumulto que trastornaba su voluntad y su corazón, y del que queria sacar una evidencia y una resolución.

Su cabeza ardia; se dirigió á la ventana y la abrió de par en par. En el cielo no brillaba ni una estrella. Se volvió á sentar junto á la mesa.

Así pasó la primera hora.

Poco á poco comenzaron á formarse y á fijarse en su meditacion lineamientos vagos, y pudo entrever, con la precision de la realidad, no el conjunto de su situacion, sino algunos detalles.

Principió por reconocer que por extraordinaria y crítica que fuese su situacion, era dueño absoluto de ella; pero esto, lejos de disminuir, aumentó su estupor.

Con independenciam del fin severo y religioso que se proponia en sus acciones, todo cuanto hizo hasta ahora no tuvo otro fin que el de ahondar la fosa en que habia enterrado su nombre. Oírle pronunciar era lo que más temía en sus horas de reflexion y en sus noches de insomnio; juzgaba que eso seria el término de todo; que el día que reapareciera su nombre, se desvaneceria por completo su nueva vida y quizás su nueva alma. Le estremecía la idea de que eso fuese posible. Si alguno en esos momentos le hubiera dicho que llegaria una hora en que resonaria en sus oídos el odioso nombre de Juan Valjean, saliendo repentinamente de las tinieblas é irguiéndose delante de él; si alguno le hubiera dicho que la luz formidable creada para disipar el misterio en que se envolvía resplandecería de súbito reflejando sobre él, y que, sin embargo, ese nombre no le amenazaría, esa luz solo produciría oscuridad más espesa, ese velo

umentaria el misterio, ese temblor de tierra consolidaria su edificio, y confrontando el fantasma Juan Valjean con el digno ciudadano señor Magdalena, saldría más honrado, más tranquilo y más respetado que nunca; si alguno le hubiera dicho todo esto, le hubiera vuelto las espaldas, teniendo su opinion por insensata. Pues bien, todo esto acababa de suceder; esa acumulacion de imposibles era un hecho; ¡Dios permitía que estos absurdos se convirtiesen en realidades!

Su divagacion se iba aclarando y se explicaba su posicion más cada vez. Le parecia que acababa de despertar de un sueño y que caminaba resbalando por una pendiente, en medio de la noche, tembloroso, retrocediendo en vano de la orilla del abismo. Veía con claridad, en la sombra, á un desconocido, á un extraño, á quien el destino confundía con él y lo empujaba al precipicio en su lugar; era preciso, para cerrar aquel precipicio, que alguno cayera en su fondo; ó él ó el otro. Era indispensable obedecer al destino.

La claridad llegó á ser completa en su cerebro y conoció:—Que su lugar estaba vacío en el presidio y le esperaba todavía; que el robo de Gervasillo le arrastraba allí; que ese lugar vacío le atraeria inevitablemente hasta que lo llenase. Conoció además:—Que en aquel momento tenia un sustituto, y que mientras le representase en el presidio Champmathieu y en la sociedad el señor Magdalena, nada debía temer, con tal de no impedir que cayese sobre la cabeza de Champmathieu la piedra de la infamia, que, como la piedra del sepulcro, cae para no volverse á levantar.

Como todo esto era tan violento y tan extraño, se verificó en él uno de esos movimientos indescriptibles que solo ocurren dos ó tres veces en la vida del hombre, especie de convulsion de la conciencia que remueve todas las dudas del corazón, compuesta de ironía, de gozo y de desesperacion, y que se pudiera llamar "risa interior".

Encendió la luz bruscamente.

—Y qué! se dijo á sí mismo. ¿De qué tengo miedo? ¿Qué tengo que pensar sobre esto? Estoy salvado y todo ha concluido. No habia más que una puerta abierta por la que pudiera entrar mi pasado en mi nueva vida y queda ya tapiada para siempre. Javert, que me acosa hace mucho tiempo, ese terrible instinto que me adivinaba y me seguia á todas partes, ese perro de presa que

me acechaba, está ya desorientado completamente. Está satisfecho y me dejará en paz, pues ya tiene el Juan Valjean que buscaba, y es probable que quiera irse de esta población. Todo esto ha sucedido sin intervención mía. No hice nada para que sucediese. ¿Es esto acaso para mí un acontecimiento desgraciado? Cualquiera pensaría que me había sucedido alguna catástrofe. Si le sucede á otro no es culpa mía. La Providencia así lo dispuso; y ¿tengo yo derecho para desordenar lo que ella ordena? Este es asunto que no me importa y no debo inmiscuirme en él. Nadie me reclama. No debo estar contento? ¿Qué más puedo desear que conseguir el fin á que aspiro hace tantos años, esto es, mi seguridad personal? Dios lo quiere así y no debo sublevarme contra la voluntad de Dios, y así lo quiere para que yo continúe realizando el bien, para que yo sirva de grande y animoso ejemplo, y pueda probar que la penitencia que sufro produce alguna felicidad cuando se hermana con la virtud. No comprendo por qué temí hacer poco entrar en casa del excelente cura párroco, referírsele todo como á un confesor y pedirle consejo; seguramente me hubiera dicho todo esto que yo me digo; ¡Dejemos correr los sucesos! ¡Dejemos obrar á Dios!

De este modo se hablaba á sí mismo desde las profundidades de su conciencia, inclinado sobre lo que podría llamarse su propio abismo. Se levantó de la silla y se puso á pasear por la habitación.—Vamos, dijo, no pensemos más en esto. Estoy ya resuelto.

Pero no se quedó contento; al contrario.

Querer prohibir que la imaginación vuelva á ocuparse de una idea, es lo mismo que querer impedir que el mar vuelva á la playa; el marinero llama á este fenómeno marea, y el culpado le llama remordimiento. Dios agita las almas y al Océano.

Pocos momentos despues, por más que se empeñó en evitarlo, se engolfó otra vez en su sombrío diálogo, en el que él era el que hablaba y el que oía, diciendo lo que hubiese querido callar, y oyendo lo que no hubiera querido oír, cediendo al poder misterioso que le decía:—“Piensa!”, del mismo modo que á otro condenado le decía hace dos mil años:—“Anda!”,

Es tan cierto que el hombre se habla á sí mismo, que no hay pensador que no haya experimentado este fenómeno. Puede decirse que nunca es más grande

y magnífico el misterio del verbo, que cuando en el interior del hombre vá del pensamiento á la conciencia y vuelve de la conciencia al pensamiento. En este sentido deben entenderse en este capítulo las palabras *se dijo, se hablaba á sí mismo*, sin que rompiese el silencio exterior. Dentro de nosotros hay un tumulto algunas veces en el que todo habla, excepto la boca. Las realidades del alma no dejan de ser realidades porque sean invisibles é impalpables.

Preguntóse, pues, Juan Valjean en qué consistía su resolución tomada y cuál era ésta; y no pudo dejar de confesarse que el arreglo que acababa de hacer en su espíritu era monstruoso, que dejar correr los sucesos y dejar obrar á Dios era una idea horrible. Dejar pasar el error del destino y de los hombres, no impedirlo, antes al contrario, favorecerlo callando, era enorme injusticia, el último grado de la indignidad hipócrita; era un crimen bajo, miserable, cobarde, abyecto y vil.

Por la primera vez despues de ocho años el desgraciado Juan Valjean acababa de sentir el amargo sabor de un mal pensamiento y de una acción ruin, y lo escupió con disgusto.

Luego continuó interrogándose con severidad á sí mismo qué era lo que entendió por “haber conseguido su objeto”, reconociendo que su vida lo tenía. ¿Qué objeto era este? Ocultar su nombre? Engañar á la policía? ¿Por cosa de tan poca monta se estaba sacrificando? ¿No era su grandioso objeto salvar, no su persona, sino su alma, y ser bueno, honrado y justo? ¿No es esto por lo que tanto trabajó y lo que el obispo le exigía?—Trataba de cerrar la puerta á su pasado; pero de este modo no la cerraba, sino que la volvía á abrir por medio de una acción infame; volvía á ser ladrón, el más odioso de los ladrones, porque robaba á otro hombre la existencia, la paz, el aire y el sol. Era un asesino; condenaba á otro hombre á la horrible muerte de los vivos, á esa muerte que llaman cadena perpétua. Por el contrario, entregarse, salvar á ese otro hombre víctima de funesto error, aparecer otra vez con su propio nombre, volver á ser el presidiario Juan Valjean, era completar su propia resurrección y cerrar para siempre el infierno del que salió. Caer en él en la apariencia, era salir para siempre de él en la realidad. Si no cumplía con este deber, era inútil cuanto hasta entonces había hecho, su penitencia era ineficaz, perdi-

da y sin objeto. Se sentía asistido por el obispo; á pesar de su muerte le tenía en su presencia, le miraba fijamente, y si no cumplía con su deber, sería odioso para monseñor Bienvenido el alcalde Magdalena con todas sus virtudes, y el presidiario Juan Valjean, en comparación suya, sería un hombre admirable y puro. Los hombres verían su máscara, pero el obispo le vería el rostro; los hombres verían su vida, pero el obispo vería su conciencia. Debía, pues, ir á Arras, librar al falso Juan Valjean y denunciar al verdadero. Esto le costaría el mayor de los sacrificios, sería la más dolorosa de sus victorias, su último paso, ¡pero era necesario darle! ¡Era preciso, para entrar en el estado de santidad á los ojos de Dios, entrar en el estado de infamia á los ojos de los hombres!

—Pues bien, dijo, ¡tomemos esa resolución! Cumplamos con nuestro deber.

Sin advertir que estaba solo, pronunció esas palabras en alta voz.

Tomó sus libros, los comprobó y los puso en orden y arrojó al fuego un legajo de recibos de comerciantes que le debían; escribió y cerró una carta, en cuyo sobre puso: *Al señor Laffitte, banquero, calle de Artois.—Paris*. Sacó de un secreter una cartera, que contenía algunos billetes de Banco, y el pasaporte que le sirvió aquel año para ir á las elecciones.

El que le hubiese visto ejecutar todos estos actos durante su grave meditación, no hubiera podido sospechar lo que en su interior pasaba. A intervalos movía los labios y fijaba la mirada ávida en un punto cualquiera de la pared, como si hubiese allí algo que quisiera aclarar ó á quien tratase de dirigir alguna pregunta.

Cuando terminó la carta para el señor Laffitte se la metió en el bolsillo; lo mismo hizo con la cartera, y volvió á pasearse.

Seguía tenaz en su última resolución; continuaba viendo claro su deber, escrito con letras luminosas, que resplandecían ante sus ojos y que seguían á sus miradas:—*Corre! Di tu verdadero nombre! ¡Denúnciate!*

Veía también ante sí moverse, tomando formas sensibles, las dos ideas que hasta entonces habían dirigido su vida: ocultar su nombre, santificar su alma. Por primera vez se le aparecían distintas la una de la otra y comprendía su diferencia. Reconocía que una de ellas era necesariamente buena, mientras la otra

podía llegar á ser mala; que aquella era el sacrificio y ésta la personalidad; que una decía: el prógimo, y la otra decía: yo; que la primera nacía de la luz y la segunda de las tinieblas.

Ambas estaban combatiendo y él presenciaba el combate. A medida que reflexionaba iban creciendo ante los ojos de su espíritu y tenían ya colosales dimensiones: le parecía verlas luchar dentro de sí mismo, en el infinito de que antes hablamos, entre la oscuridad y la luz, y que una era diosa y la otra gigante. Estaba aterrado, pero comprendía que la idea buena obtendría el triunfo.

Conocía que tocaba en otro momento decisivo de su conciencia y de su destino; que el obispo marcó la primera fase de su nueva vida y que Champmathieu marcaba la segunda; á la gran crisis seguía la gran prueba.

Entre tanto, la fiebre, calmada por unos momentos, volvió á invadirle poco á poco. Le asaltaban pensamientos contradictorios, pero le fortificaban más en su resolución.

Llegó un instante en que se dijo:—Que tomaba este asunto con demasiado calor; que al fin y al cabo, Champmathieu no era un hombre honrado, era un ladrón.—Pero se respondió á sí mismo:—Si ese hombre robó algunas manzanas, merece un mes de prisión, no cárcel perpétua. Aun concediendo esto, ¿hay pruebas de que ha robado? El nombre de Juan Valjean pesa sobre él y parece que le dispense de toda clase de pruebas. ¿No suelen pensar así los fiscales? Le creen ladrón porque saben que ha estado en presidio.

En otro momento le ocurrió pensar que, denunciándose, comprenderían el heroísmo de su acción y considerarían su vida honrada durante siete años y los beneficios que había reportado al país, y tendrían en cuenta todo esto; pero esta suposición se desvaneció en él muy pronto y se sonrió con amargura al pensar en el robo de Gervasillo, que le hacía reincidente, porque reaparecía este delito, y la ley le condenaría á presidio por toda la vida.

Desechó, pues, todas las ilusiones, se alejó más y más de la tierra y buscó fuerza y consuelo en otra parte. Conoció que era necesario que cumpliera su deber; que quizás no sería tan desgraciado cumpliéndole como evitándole; que si dejaba correr los acontecimientos y continuaba viviendo en Montreuil-sur-Mer, su consideración, su buen nombre, sus buenas